

**ACTO DE INVESTIDURA COMO DOCTORA HONORIS CAUSA POR LA
UNIVERSIDAD DE GRANADA DE DÑA. SVETLANA ALEXIÉVICH**

Paraninfo de la Facultad de Derecho
Lunes, 7 de octubre, 12.00 horas



**UNIVERSIDAD
DE GRANADA**

Doctora Alexiéovich

Ex Rectores (los que asistan)

Equipo gobierno

Decanos-Directores

Autoridades

Querida comunidad universitaria

Señoras y Señores

Buenos días y bienvenidos todos a esta solemne sesión académica que con motivo de la investidura de la ya Doctora Honoris Causa por la Universidad de Granada, la Excm. Sra. Dña. Svetlana Alexiéovich, nos acoge en este Paraninfo de la Facultad de Derecho, un lugar de especial significado en la historia de nuestra institución, pues el antiguo Colegio de San Pablo, desde el último cuarto del siglo XVIII y hasta 1980, fue la sede del Rectorado, la Biblioteca y los Servicios Generales de la Universidad.

Bienvenidos, pues, y gracias por su asistencia. Especialmente, gracias en nombre del Rector y de toda la comunidad universitaria a Dña. Svetlana Alexiéovich por haber aceptado incorporarse al Claustro de la Universidad de

Granada como Doctora Honoris Causa. Nos felicitamos porque a partir de hoy usted forma parte ya de esta Universidad casi cinco veces centenaria, que rebosa historia y tradición.

Precisamente, el ceremonial que hemos tenido ocasión de rememorar en esta mañana, está inspirado en las Constituciones de la Universidad de Granada que fueron aprobadas el 6 de mayo de 1542 por el claustro con las cinco Facultades originarias donde se impartían los grados existentes de bachiller, licenciado y doctor. Un acto solemne, lleno de simbolismo, a través del cual le hemos abierto las puertas de nuestra Universidad y la hemos integrado como un miembro destacado de ella. Para expresar ese vínculo con la institución universitaria, pues los ritos fijados en este ceremonial sirven para marcar en el imaginario colectivo situaciones especiales, ha recibido el anillo que le une a esta Universidad y a su Claustro de Doctores que hoy se engrandece con su incorporación; le hemos entregado el libro de la ciencia y de la sabiduría, que será el instrumento más valioso para que siga cultivándolas al servicio de la sociedad y de la Humanidad; y le hemos ofrecido un cálido abrazo que se convierte en el sello de este compromiso, que es también el compromiso de nuestra institución con los valores de paz y fraternidad que tanto la caracterizan.

Agradezco y felicito también a su padrino en esta ceremonia, el doctor Enrique Quero Gervilla, por su excelente *laudatio* destinada, como así marca la tradición, a destacar los méritos literarios y personales de la nueva Doctora Honoris Causa. Como bien ha señalado él mismo, no solo ha servido para dar cumplimiento al acuerdo del Claustro de la Universidad de Granada de 28 de mayo de 2024, sino que además lo ha hecho de forma impecable y brillante. Supone la culminación al impulso dado hace unos meses, a lo que en su momento fue candidatura, que hoy hemos tenido la oportunidad de convertir en una realidad a través de este acto de investidura.

Con esta ceremonia, además, cumplimos con una de las misiones universitarias más nobles y de una larga tradición: reconocer el mérito y rendir tributo a quienes dedican su vida a cultivar el conocimiento, a compartirlo y a

transmitirlo a la sociedad. En este caso, de un conocimiento que a través de su labor investigadora pero también como periodista y cronista, tiene mucho de compromiso con los Derechos Humanos y la reivindicación de las Humanidades.

De la profesora y premio Nobel de Literatura Svetlana Alexiévich escribió el también premio Nobel Mario Vargas Llosa que nos encontramos frente a una “periodista que ejerce su labor a través de los libros”. Su obra se puede incluir, de hecho, en lo que se llama literatura testimonial o documental o, como ha descrito el profesor Quero Gervilla en su *laudatio*, en un ejemplo de “prosa documental artística”. Y es bien cierto que sus “escritos polifónicos”, como también ha recordado el profesor Quero, rememorando la motivación de la Fundación Nobel para otorgarle su prestigioso premio en 2015, se convierten sin ninguna duda en relatos periodísticos en formato de libro. El lector se enfrenta a sí a extensos reportajes que relatados por cualquier otra persona sonarían de modo totalmente diferente. Y eso, porque el sonido de los libros de la doctora Alexiévich es el sonido de sus personajes, siempre numerosos y siempre conocedores en primera persona de la realidad que nos transmiten. Son relatos que le permiten contarlos todo de la forma más realista y vívida posible.

Sus narraciones son experiencias vividas porque en su papel de narradora y cronista, la doctora Alexiévich ha elegido siempre apartarse, quedarse a un lado, desaparecer en cierto modo, para permitir que hablen quienes nunca tienen voz. Ella hace posible que, por fin, escuchemos a los protagonistas de las historias permitiendo que la suma de todos ellos nos transmita realidades desconocidas. Así, al lector nos llega no solo toda la expresividad de quienes han vivido esa historia, sino algo infinitamente más relevante: toda la verdad de sus testimonios. No podemos exigir más verdad a una narración de hechos que la que aparece en los libros de la nueva Doctora Honoris Causa. Esa verdad que transmiten sus obras, queda corroborada por la multitud de fuentes y protagonistas a los que recurre. Y todo ello porque el mérito, uno más, de la doctora Alexiévich es también elevar a la categoría de protagonistas, a esa polifonía de voces –“melodías tristes del coro”, las ha llamado en alguna

ocasión– que aparecen en sus libros. Se trata de un coro formado por personas a las que nadie ha considerado nunca como agentes de primer orden, sino actores secundarios o terciarios de unas historias que nunca los tuvo en cuenta pero, en cambio, son ellos y ellas los que contribuyeron a darle forma.

En su caso, la *perestroika* fue, precisamente, la que hizo posible la publicación de su primera obra, *La guerra no tiene rostro de mujer*. La escribió en 1983 aunque el libro hubo de esperar dos años más hasta su publicación. “Después de leer su libro, –le sermoneó el censor– nadie luchará”, porque su guerra es aterradora y no hay héroes en ella, tal y como afirmó en su discurso de aceptación del Premio Nobel. La historia se expresa a través de la narración de sus testigos, participantes inadvertidos a quienes nunca se les había preguntado nada directamente, por lo que jamás podremos saber qué es lo que piensa la gente sobre las grandes ideas. Aquí se encuentra uno de los grandes méritos de su literatura, haber ido donde está la gente y preguntarle qué piensa al respecto.

Por todo ello, la obra de la doctora Svetlana Alexiévich es, finalmente, la memoria oral de los protagonistas de la vida. En su caso, sobre todo de la guerra, guerra con la que de un modo u otro la doctora ha convivido toda su vida y que, paradójicamente y como también dijo en su discurso de recepción del Nobel, le ha permitido saber “qué es el amor desde la infancia”.

En ese mismo discurso, también dijo que el camino hasta llegar ahí había sido largo: casi cuarenta años, yendo de persona en persona, de voz en voz. “No puedo decir –afirmaba– que siempre haya estado dispuesta a seguir este camino. Muchas veces me han sorprendido y asustado los seres humanos. He experimentado placer y repulsión. A veces he querido olvidar lo que escuchaba, volver a una época en la que vivía en la ignorancia. Sin embargo, más de una vez he visto lo sublime en las personas y he querido llorar”.

Esas voces, por ejemplo, son las que le permitieron perfilar el mejor retrato del alma postsoviética que se haya escrito hasta ahora. La trilogía que componen *Los muchachos de zinc*, *Voces de Chernóbil* y, sobre todo, *El fin del Homo Sovieticus*, que la convierten en la gran cronista del final de una época, supone una mirada

introspectiva, como hemos oído en la *laudatio*, de las vidas de quienes asistieron a la transición del régimen soviético al estado de incertidumbre que generó la *perestroika*. En esa obra, Svetlana Alexiévich nos introduce de lleno en la realidad de aquellos años a través de varios centenares de personas que, con perfiles totalmente distintos unos de otros, le permitieron trazar el retrato más completo jamás escrito sobre una época y un país.

Su literatura, sus crónicas, su periodismo, como ella misma ha señalado, busca “una nueva mirada que haga reflexionar” sobre el ser humano en la guerra y sobre esa permanente tragedia en la que vivimos: “¿Por qué escribe usted siempre sobre tragedias?”, le preguntaron en una ocasión. “Porque así es como vivimos”, contestó ella.

Efectivamente, la historia y hasta nuestro más absoluto presente parecen empeñarse en ello confirmando una por una todas sus palabras. Sin embargo, al mismo tiempo, es también emocionante comprobar que quién conoce tan bien la guerra insista en hablar de amor. Tanto es así que cuando la doctora Svetlana Alexiévich salió de su casa para marchar al exilio en otoño de 2020, hace ahora cuatro años, y como ella mismo afirmó al recibir en 2022 el Premio Internacional de Cataluña, dejó sobre la mesa un manuscrito sobre el amor y la vejez que aún no ha podido recuperar. Desde esta casa de estudios que es la Universidad de Granada esperamos y confiamos que pueda volver pronto, recoger su manuscrito y escribir de amor en un mundo en el que la guerra, esa que nos llega desde tan diferentes frentes pero siempre igual de dramática e injusta hacia quienes la sufren en primera persona, parece que se empeña en marcar el día a día en nuestras vidas.

Y concluyo,

Querida nueva Doctora Honoris Causa, querida doctora Svetlana Alexiévich, esta Universidad que ya es su Universidad, se siente profundamente orgullosa de usted. Y como representante aquí de nuestro Rector, le expreso la satisfacción más sincera y manifiesta que supone para mi y para la Universidad de Granada el que desde hoy ya pertenezca a ella como un miembro más de su

Claustro. La nuestra es una Universidad de las personas y personas como usted, que ha dado voz a quienes no la tienen, hacen a la institución aún más grande y aún más necesaria.

Usted representa lo mejor que la Universidad puede y debe ofrecer a la sociedad: el rigor, la excelencia científica y el compromiso, valores que encarna el ser universitario que no solo promueve la generación de conocimiento sino que anhela la transferencia y la proyección social de una actividad que debe ser también el vehículo a través del cual podemos transmitir los valores universales de paz, tolerancia y entendimiento mutuo.

Desde la tribuna privilegiada que nos da ser una Universidad con casi cinco siglos de historia, una Universidad con vocación de magisterio, de innovación, de compromiso y de servicio público, puedo afirmar que hoy es un día para celebrar que con su ingreso en nuestra institución, se consolida nuestro presente y se engrandece nuestro futuro.

Muchas gracias, pues, a la nueva *Doctora Honoris Causa* y muchas gracias a todas las personas que hoy nos han honrado con su presencia en este acto.